

ESPIRITUALIDAD Y PASTORAL

Juan Ochagavía, S.J.

Introducción

1. Espiritualidad y espiritualidades

De partida, quiero decir que hay muchas maneras de describir o definir lo que es la espiritualidad, según sea la experiencia de la fe de sus autores y la **Sitz im Leben**¹ desde la cual escriben y para quienes escriben. Algunos manuales antiguos la definían como aquella parte de la teología que trata de la perfección cristiana y de los medios que conducen a ella. Dentro del conjunto de la teología, la conectaban con la dogmática y la moral².

Hoy día sigue habiendo diversidad de definiciones. Pero de una u otra forma todas introducen en la definición el vivir el llamamiento a seguir y trabajar con Cristo por el reinado de Dios, en la Iglesia, bajo la guía del Espíritu.

Algunos recalcan polémicamente que Jesús no tenía ninguna espiritualidad, porque “el Espíritu le bastaba”³, cosa que sabemos que es verdad hasta por ahí no más, porque el Espíritu lo conducía en la línea de la espiritualidad del Dios lleno de compasión, tierno y misericordioso, que se encuentra en los grandes profetas (Jer. 31, 20; Is 49, 15-16).

Pero dejemos de lado esta empresa inalcanzable de enmarcar en una definición a la espiritualidad, es decir, a la reflexión sobre la acción del Espíritu en nosotros, ya que el Espíritu es por esencia el que no se somete a límites conceptuales ni de ninguna otra especie. En vez de ello, recordemos en pocas pinceladas la abundancia de espiritualidades existentes y las circunstancias de las cuales surgen.

Porque espiritualidades en la Iglesia hay muchas. Lo que no puede ser de otra manera, si tenemos en cuenta la inmensidad del misterio de Cristo, vivido a través de las edades de la historia de la salvación. El esbozar su diversidad, su modo especial de nacer y sus circunstancias nos ayudará a comprender su raigambre histórica y el carácter fundamental de servicio a la Palabra de Dios y a la edificación del Pueblo de Dios que ellas tienen.

Las espiritualidades se diversifican y diferencian entre sí por diversas razones. Señalaremos las principales:

La atención de los cristianos se ha dirigido a diversos momentos de la vida de Jesucristo, dando así lugar a varios énfasis espirituales: la Encarnación, el nacimiento pobre en Belén, la vida oculta de Nazaret, el ayuno en el desierto, la proclamación de la Buena Noticia por pueblos y campos, el servicio a los pecadores, la curación de enfermos, la

¹ Expresión alemana por la que los exegetas designan el ambiente vital, el lugar real, desde donde un escritor piensa y escribe.

² P.Pourrat, *La Spiritualité chrétienne*, París, 1917, p.7.

³ O.Boulnois, *Spiritualität oder christliches Leben im Geist?* en *Communio* 23,1994, p. 199.

cercanía de Jesús a los niños, la Eucaristía, la Pasión, la muerte, la resurrección, el don del Espíritu pascual. Las fiestas del año litúrgico, los santuarios y devociones populares han contribuido a enriquecer este factor diversificador de las espiritualidades.

Las espiritualidades, llamadas clásicas, son las que se remontan a los grandes fundadores de órdenes religiosas antiguas, como la benedictina, la franciscana, la carmelitana, la ignaciana.

Están también las recientes que nacen de personas carismáticas y que han dado origen a movimientos eclesiales que son muy vivos en la Iglesia de hoy. Pienso en el Opus Dei, Schoenstatt, Cursillos, Neocatecúmenos, Oasis y otros por el estilo.

También la diversidad de los estados de vida da lugar a espiritualidades diferentes. San Francisco de Sales dice que la “vida devota” se diversifica según las condiciones y estados de vida de las personas: casados, sacerdotes, militares, jueces, etc.

A esta diversificación podríamos añadir la que proviene de la edad y el desarrollo de las personas: espiritualidad del niño, del adolescente, del adulto joven, del anciano. Hoy día se habla y escribe mucho sobre la espiritualidad de la segunda mitad de la vida.

Al factor de las fases de la vida se puede vincular la buena y la mala salud de las personas. Porque es evidente que los seres enfermos o limitados, sobre todo si se trata de males crónicos, desarrollan formas de espiritualidad que les ayudan a llevar su cruz.

El factor étnico, geográfico y cultural marca muy hondamente el modo de vivir el Evangelio. En Indonesia la espiritualidad cristiana asume rasgos de las grandes razas, culturas y geografía de ese loco enjambre de islas: los javaneses, los malayos, los musulmanes. Pero está teñida y penetrada del toque misionero de los Países Bajos de la primera mitad de este siglo, con su espíritu de familia, su fuerte capacidad organizativa, sus organizaciones parroquiales.

También el entorno y los procesos sociopolíticos determinan grandemente el surgimiento, los rasgos y la modificación de nuevas espiritualidades. Me refiero, naturalmente, a procesos macizos, como los vividos en América Latina en este siglo y que en nuestra patria produjeron el quiebre institucional de los años '70. En respuesta a las voces del tiempo -pobreza, subdesarrollo, dependencia extrema-, la espiritualidad acentuó el carácter liberador del mensaje de Cristo.

Esto no constituye una novedad, sino que ha sido así a lo largo de la historia de la Iglesia. Pensemos en la espiritualidad martirial del cristianismo, de la Iglesia, en las persecuciones de los primeros siglos, que reaparece cuando los cristianos son perseguidos en los tiempos actuales. La época bizantina imprime un rostro pantocrático⁴ -muy relacionado a su imagen del emperador- a todas las dimensiones de la vida espiritual y humana. El monaquismo misionero proveniente de Irlanda, junto con su celo evangelizador, enfatiza el rigor de la penitencia en los pueblos germánicos misionados por aquellos monjes.

De regreso de un viaje reciente por los Estados Unidos me llamó nuevamente la atención la diferencia de matices de la espiritualidad de los norteamericanos de USA y Canadá y la del resto de los habitantes de nuestro continente.

⁴ Conforme a la representación de Cristo como Pantocrator, término que equivale a omnipotente.

Y sin salirnos de nuestro territorio nacional, sabemos que es muy diversa la espiritualidad de gente de las poblaciones periféricas de Santiago, Valparaíso o Concepción, de la de los que han superado las barreras de la pobreza y viven la cultura del mundo profesional.

El modo como se vive la Iglesia y la imagen o modelo que se tenga de ella inciden y especifican la espiritualidad vigente o, tal vez, emergente, de una generación en un tiempo dado. Una Iglesia de corte verticalista y autoritario, según el modelo de los reyes absolutos, tiende a proyectar una espiritualidad del orden, la ley y el cumplimiento eficiente, con desmedro de otros valores. Pero si el modelo de Iglesia es el “pueblo de Dios peregrino hacia la Patria”, la espiritualidad promoverá mucho más la escucha de los carismas diseminados por todo el pueblo.

Cada época histórica tiene no sólo una sino varias espiritualidades que son válidas, cada cual para las diversas “subculturas” espirituales. Porque nunca podemos vivir todos y al mismo tiempo el Evangelio según una modalidad única. La razón de ello es, por una parte, su riqueza infinita y, por otra, la diversidad tan grande de situaciones de tiempos, lugares y personas que atravesamos.

A veces sucede que una de estas subespiritualidades emerge como una estrella *nova*, que parece va a invadirlo todo, arrastrando y absorbiendo a las demás en su deslumbrante amanecer. La realidad -al menos la santiaguino-chilena en la que hay sectores muy propensos a dejarse deslumbrar por las corrientes espirituales nuevas- suele ser menos espectacular. Porque el astro nuevo es percibido en sólo algunos sectores y continúa habiendo hueco y necesidad de las otras subespiritualidades más antiguas o más locales según el punto de vista étnico, cultural o geográfico.

Este primer vistazo al vasto campo de la espiritualidad y las espiritualidades nos permite apreciar la complejidad del tema.

Quiero pasar ahora al punto siguiente, en que esbozaré un breve núcleo de principios de una espiritualidad para hoy día que servirá para la tercera parte de este trabajo, que trata de los desafíos que ofrece la actualidad pastoral a la espiritualidad.

2. Breve núcleo de la vida en el Espíritu

A) Reafirmemos, primero que nada, que la vida espiritual *es vida*, es encuentro vital del hombre todo entero con su Dios. Esto significa que concierne a toda la persona, en todos sus niveles, profundidades y relaciones. No es sólo cosa de ideas, de adherir a “cosas sabidas”, lo que William James nombraba “*second-hand religión*” *religión de segunda mano*)⁵. Tampoco es cosa de puros sentimientos religiosos ni de sólo algunas “devociones” ni de algo meramente cultural.

Están muy bien y son necesarios los contenidos de la fe, los sentimientos, la cultura religiosa y las devociones. Pero de suyo estos aspectos no constituyen “toda la vida” sino aspectos particulares de la vida. La vida espiritual, por ser vida, no se limita a un sector de la persona, sino que la toma toda entera, en todas sus relaciones a sí misma, a los demás, a Dios, al universo entero.

B) Es vida *en el Espíritu*. No es autoperfección ni autoconducción. El pelagianismo -sea lo que sea del pensamiento del Pelagio histórico- queda excluido. No es navegar a puerto

⁵ **The Varieties of Religious Experiences**, Nueva York, Penguin. 1982, p.6.

guiándose por sólo mapas: mapas de catecismo, mapas de páginas de la Biblia, mapas de teología dogmática o moral. No es sólo letra, no es sólo ley, es más que ley. Aun el Evangelio, dice Sto. Tomás, sería tan Ley como la Alianza Antigua si no estuviera animado por el Espíritu Santo (Ia IIae, 106, art. 1 y 2). De aquí que lo básico de la vida espiritual es *ser vida en el Espíritu*, o según el Espíritu.

Esto encierra un presupuesto, y es que de alguna manera el Espíritu sea perceptible por nosotros. Y esto es así porque es vida del Espíritu **en nosotros**, en nuestro espíritu, que es capaz de algún modo de abrazar al Dios infinito y ser abrazado por él. Si es verdad que nadie puede estar cierto de su estado de gracia (=conciencia refleja), también lo es que percibimos el Espíritu en nosotros -en nuestro corazón o conciencia- *por sus signos y sus dones*: coherencia con Jesucristo y su Evangelio; fe, esperanza y amor; alegría, consuelo, paz; ánimo apostólico y espíritu pascual; confianza y sentido de la providencia; unidad del amor a Dios y al prójimo; sentido de Iglesia; postura positiva frente al mundo, a su bondad y a su posibilidad de salvación.

También los remordimientos de conciencia y la percepción del pecado son voz y don del Espíritu Santo. Porque cuando no vivimos conformes a los impulsos del Espíritu, chirrían todos nuestros goznes, se nos producen fricciones y estridencias por todas partes.

Esta es la postura de M. De la Taille, en el surco de la gran tradición teológica dominica, de los místicos y de los Padres de la Iglesia. Esta es la gran tesis que subyace a casi todo el pensamiento de K. Rahner.

En torno a esta experimentabilidad de la conducción del Espíritu elabora Ignacio de Loyola su pedagogía y sus famosas reglas de discernimiento, que buscan hacernos más y más conducibles por Dios para trabajar con Cristo por el reinado del Padre.

C) *Es vida trinitaria centrada en Cristo*. No basta definir la vida espiritual del cristiano mencionando sólo al Espíritu Santo, porque el Espíritu no anda suelto por ahí, sino que es el Espíritu del Padre y del Hijo. La vida según el Espíritu es vida trinitaria centrada en Cristo.

El Evangelio nos invita a entrar en la unidad de la Trinidad: “Te pido que todos vivan unidos. Padre, como Tú estás en mí y yo en ti, que también ellos estén unidos a nosotros... Yo en ellos, y tú en mí, para que lleguen a la unión perfecta; así el mundo reconocerá que tú me has enviado y que los amas a ellos como me amas a mí” (Jn 17, 21 y 23).

Por ser trinitaria, la vida en el Espíritu es recibir el amor del Padre por el Hijo en la fuerza del Don vivo que los une y que nos une con El y entre nosotros.

La vida espiritual es vida trinitaria, pero de una Trinidad pascual, en la que el Hijo prosigue crucificado en sus hermanos los hombres y se ocupa en reinar, es decir, en vencer en el mundo el pecado, las potencias enemigas y la muerte, y en comunicarnos su resurrección para hacemos pasar, junto con la creación entera, a la Casa paterna.

Expresada en categorías de misión, es vivir la vida en Cristo y, al igual que Cristo, ser enviado en misión por el Padre bajo la conducción del Espíritu. Es escuchar su llamado y responder. Es vivir toda la existencia en diálogo con la Trinidad: escuchar y responder, entusiasmarse, llenarse de ternura, quedarse mudo sin entender y volver a preguntar.

El Espíritu actuante en nosotros nos lleva a unírnos a Cristo por conocimiento amoroso y operante, a cristificar todo nuestro ser y el mundo que nos rodea (=la santidad). El Espíritu que procede del Padre a través del Cristo pascual no sabe hacer otra cosa sino

plasmar en nosotros a Cristo. Esto es lo único que el Espíritu sabe y puede hacer.

Por eso la fidelidad a la conducción del Espíritu tiende a suscitar en nosotros los sentimientos hondos de Cristo (Fil 2, 3-11) y a grabar sus rasgos en nosotros y en nuestro mundo y entorno:

- Hijo-Hermano-Señor (la tríada de Don Enrique Alvear)⁶
- Fe, esperanza y amor (Padre, Hijo y Espíritu Santo)
- Sentido de misión (=apostolado): trabajar con el Cristo pascual por el reinado del Padre (1 Cor 15).
- Amor a todos los **llamados a la reunión**, a toda la Iglesia, esposa y cuerpo de Cristo.
- Amor a todas las demás tradiciones religiosas que en diversas formas son también conducidas por el mismo Espíritu del Señor hacia la meta final (Diálogo Interreligioso: *Redemptoris missio* 10,55).
- Amor al mundo, por cuya salvación Dios envía a su Hijo (Jn 3,16): quiere que todos se salven (Tito).
- Amor al **kosmos** y a la creación entera, destinada a sumarse al triunfo definitivo de Dios (Rm 8).

D) Es **vida de comunión eclesial de los santos**. En otras palabras, la santidad es solidaria con la de todos los demás. Uno no se santifica aisladamente, sin el influjo santificador de otros y sin, a la vez, buscar la santificación de los demás.

La acción del Espíritu nos mueve a alcanzar el “estado de hombre perfecto..., la madurez de la plenitud de Cristo” (Ef 4,13). Esta perfección consiste en la perfección del amor a Dios y a los demás y no en la sola perfección propia. La razón es que el amor es una fuerza unitiva y aglutinadora de todos y de todo, porque el amor viene de Dios, que a todos nos ama y pretende reunirnos en El, formando un solo cuerpo, una sola hermandad divinizada, un mismo y común destino de inacabable felicidad.

Quiero citarles a este propósito unas palabras del P.Carlos Hallet en un artículo próximo a aparecer en la revista **Progressio**, órgano mundial de la CVX:

“Más bien que preocuparse de su perfección personal como tal, el cristiano buscará ante todo la perfección de la unidad en Dios, lo que cambia totalmente la perspectiva. En efecto, el que piensa en su propia perfección puede hacerlo de manera inmadura y egocéntrica. Podría aun estar buscando, sea por inseguridad psicológica o por contaminación con el ambiente competitivo o por una cierta vanidad espiritual, una perfección personal que se oponga a la de los otros... Esto iría contra la unidad y no es la perfección deseada por Jesús... Lo que cuenta para el hombre perfecto es su propia perfección y la de los demás concebida como un todo, como la de seres humanos que participan de la unidad gloriosa del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Los otros cuentan tanto como yo, y para mí, más que yo, porque el amor auténtico me vacía de mí mismo y me centra sobre los demás conforme al dinamismo del amor de Dios que suscita el anonadamiento del Hijo para salvar la humanidad”.

No hay pues verdadera vida en el Espíritu sin solidaridad con todos los demás. Pero “los demás” es una categoría demasiado genérica, poco operativa. Por eso el evangelio habla del prójimo (Lc 19, 29-37). Mi prójimo es aquel que me está cercano por diversas razones: por salirme al paso con una necesidad impostergable, como en la parábola del Samaritano; por vínculos de parentesco, como nuestros padres y hermanos; por cercanía geográfica, como los vecinos; por simpatía, como los amigos; por pertenencia a instituciones, como los

⁶ El hombre es llamado a ser hijo de Dios, hermano de los hombres y señor de las cosas.

colegas, los compatriotas, etc. Los medios de comunicación nos acercan a los necesitados - pensemos en Ruanda- y nos los convierten en prójimos para que los ayudemos en sus necesidades⁷.

E) *Es vida en la historia.* Es desarrollo situado en las coordenadas del tiempo y de las culturas, es crecimiento con gradualidad, es avance con etapas, está ligada a la comunidad (comunidades) en que vivimos insertos. El llamado que nos hace Dios en Cristo por su Espíritu “se nos revela a cada uno sólo a través del desarrollo histórico de nuestra vida y de sus acontecimientos, y, por tanto, sólo gradualmente: en cierto sentido, de día en día” (Christifidelis Laici 58).

Por lo mismo, la vida en el Espíritu atraviesa por momentos especialmente significativos y decisivos: la adolescencia y la juventud, la elección de un camino de vida, los acontecimientos de la Iglesia y de la sociedad que ritman y marcan mi existencia, la segunda mitad de la vida, la enfermedad, la proximidad de la muerte propia y de los demás.

F) *Es renuncia, abnegación de sí y conversión continua.* Vivir según el Espíritu no es algo espontáneo y natural. Dentro de nosotros mismos y en torno nuestro militan fuerzas contrarias a la vida de Dios: el pecado personal y el que ha quedado plasmado en las estructuras del mundo, las potencias enemigas, la muerte y los impulsos de muerte. Sabemos por triste experiencia la fuerza de nuestro egocentrismo, que tiende a acapararlo todo, destruyendo relaciones positivas con los demás.

La vida en el Espíritu exige mucha renuncia y una continua conversión del corazón: “La renuncia, que se impone en el plano humano, es todavía más indispensable al nivel de la vida divina, a que se invita al hombre a participar. En efecto, los pensamientos de Dios no son los del hombre (Is 55, 8) y nuestros sentimientos a menudo son opuestos a los suyos. Allí donde el hombre piensa odio, Dios dice amor, perdón y misericordia. Cuando el hombre dice “yo”, Dios piensa “tú, hijo mío”. La abnegación es condición para seguir a Jesús: “Si alguno quiere seguirme, que renuncie a sí mismo” (Mt 16, 24). Y la comparación de la vid nos advierte que los sarmientos deben ser podados para dar más fruto (Jn. 15, 2)”⁸.

Amar a Dios y al prójimo, el camino de la vida del Espíritu, supone pues la renuncia a todo lo que obstaculiza la presencia y acción de Dios en nosotros y en el mundo: una continua conversión a los caminos de Dios.

G) *Es no sólo saber sino hacer.* El Espíritu que nos impele es el Espíritu creador y energizador del Logos Jesucristo. En cuanto tal, no se limita a suscitar en nosotros sentimientos o ideas, sino que nos mueve a la acción.

En palabras de *Christifidelis Laici*: “... no se trata sólo de saber lo que Dios quiere de nosotros... es necesario **hacer...** Y para actuar con fidelidad a la voluntad de Dios hay que ser capaz y hacerse *cada vez más capaz*. Desde luego con la gracia de Dios, que no falta nunca...; pero también con la libre y responsable colaboración de cada uno de nosotros” (Ch.L.58).

Es todo el campo del juego adecuado entre la ortodoxia y la ortopraxis, para que del actuar según el Espíritu surjan frutos abundantes. Una vida espiritual que no da este paso es vida seudoespiritual, no lleva el sello del Espíritu creador y de amor, que busca con ahínco el bien de los que ama.

⁷ Ver Carlos Hallet, art.cit.

⁸ C.Hallet, art. cit.

Esto conduce al tema de la necesidad de capacitarse humana y espiritualmente para actuar con ciencia y eficacia. Santa Teresa abominaba de los guías espirituales carentes de letras. La Iglesia insiste en la necesidad de una formación que sea integral, recíproca y permanente (Ch.L. 59-63).

H) Es *vida integrada*. La espiritualidad desarrolla la integración y la unidad de vida. No hay dos vidas paralelas -la “espiritual” y la “secular”- sino una sola. El Espíritu quiere que fructifiquemos para Cristo con todo nuestro ser y en cada sector de nuestra actividad y existencia. Todos los campos de la vida del cristiano son el “lugar histórico” para dar gloria a Dios por Jesucristo. No hay cosa más dañina a la vida espiritual que la ruptura de lo que Dios ha unido (Gandium et Spes 43).

1) Es *vida que se alimenta con los medios clásicos*: La *Christifideles Laici* se refiere a la necesidad de emplear los medios clásicos de la vida en el Espíritu: “... la escucha pronta y dócil de la Palabra de Dios y de la Iglesia, la oración filial y constante, la referencia a una sabia y amorosa dirección espiritual, la percepción en la fe de los dones y talentos recibidos y al mismo tiempo de las diversas situaciones sociales e históricas en las que se está inmerso” (Ch.L.58).

Lugar principal cabe a la liturgia, primero la de los sacramentos, con la Eucaristía como fuente, centro y culmen. También la meditación diaria de la Escritura, el examen de conciencia que es el modo de orar el día descubriendo en él los pasos de Dios en mi vida y la dirección hacia donde éstos me conducen. Asimismo la catequesis, la formación doctrinal según mis llamados y responsabilidades, el cultivo de los valores humanos y el crecimiento en ellos (Vat. II, Apostolicam Actuositatem 4).

J) La **ORACION** no es una actividad más de la vida espiritual, entre otras muchas de las arriba mencionadas. La oración es el referir toda la persona, toda la actividad, toda la vida a Dios. Primero, como pasividad, recibéndolo todo de Dios, porque El es la Fuente, de El nos viene todo, El nos da todo, El nos ama primero. En segundo lugar, como respuesta: hablarle al que me ha hablado primero; adorar al único que puede saciarme; servir al que me lo da todo; tener con El un continuo diálogo de amor en respuesta a su continuo darnos amor y dársenos como el Amor: “como un amigo habla a otro amigo”, dice S. Ignacio en los Ejercicios (n.54).